

Y ahora voy a contarte una anécdota de mis años estudiantiles para que dejes de creer que era yo casi un santo...

-No podría precisarte el año: era aquella una noche enlunada, como hecha de encargo para que un grupo de alegres estudiantes recorriéramos el Paseo de la Reforma y nos sintiéramos dueños del mundo. Habíamos estado hasta las dos de la mañana en la casa de un compañero nuestro que iba a estudiar a Estados Unidos, y sus padres lo habían despedido con una fiestecita familiar.

Al llegar a la altura de la estatua del general Ignacio Pesqueira, en el Paseo de la Reforma, se me ocurrió decirles a mis amigos:

-Mientras llega un coche para irnos, es bueno que saluden a este general, que fue un gran patriota, paisano mío. Se llamaba Ignacio Pesqueira.

-Bueno -dijo Rafael-, yo lo saludo, pero tú le cantas...

-Si -afirmó Luis-. Todos lo saludamos con gusto, pero tú que eres su paisano, tienes que cantarle...

-¿Y si viene la policía y cree que estamos borrachos y nos llevan a Belén?

-iPues que nos lleven; pero tú cantas!

-iBueno, pues canto!

-¿Y qué cantaste?

-Pues vas a reír. Canté un vals que empezaba a estar de moda: "Club Verde", de Rodolfo Campodónico, y que, según supe después, era casi un himno revolucionario de Sonora.

-¿Y la letra la improvisaste?

-Yo no, pero un compañero mío al que le gustó la música del vals, le había hecho los versos; y eso me salvó. Por otra parte, nadie intentó callarme, ni un desvelado gendarme que se acercó a oírme.

-Ya empezabas a tener tu público, Alfonso...

-iSí, una estatua y un gendarme adormilado!

Del libro *Alfonso Ortiz Tirado* (ISC, 1996),
Enriqueta de Parodi

Sus creaciones fueron como himnos de los enamorados de nuestro continente. Fueron canciones, en la más pura acepción de la palabra. Tenían color y sabor de romance. Decían de historias románticas, y cantaban la belleza de las mujeres y la emoción de las viejas callecitas, de las ventanas florecidas y de los patios amigos. Y un matiz especialísimo, una media voz perfectamente controlada, una figura y una entonación únicas, bicieron a ellas antológicas, en las versiones del fabuloso tenor mexicano.

<http://lascancionesdelabuelo.blogspot.com/2010/10/alfonso-ortiz-tirado-vol-5-ventanita.html>

Club Verde

dedicada al general Pesqueira



Tarde triste y feliz



Álamos- Aquí cabe la historia, los datos, el archivo fotográfico. Cabe también un bosque, una montaña, la ciudad de noche y llena de luces. Un grupo de señoras que apacibles ven la vida desde la banca de un parque.

Aquí la imaginación se dispara y mientras un grupo de niños se monta en los carros de la película el Rayo Mc Queen, dentro del auditorio, Federico Llamas Yépez conversa con la obra del pintor Héctor Martínez Arteché.

En el interior del Museo Costumbrista de Sonora, dirección: Calle Guadalupe Victoria No.1 (mientras en la ciudad completa, Álamos, ocurre el Festival Cultural Alfonso Ortiz Tirado), la mente de Federico construye historias, pasajes, atmósferas, un cúmulo de emociones.

Primera luz es el título de la exposición con la cual se le rinde homenaje a Arteché como pintor. Y es un acervo de obra que data desde hace más de cuatro décadas de existencia la cual forma parte ahora de la tradicional Ruta del Arte.

Federico apenas completa sus primeros diez años sobre la vida, dos lustros de intensidad, de libertad para leer el surrealismo del pintor. En su conversación con los cuadros, el niño observa, analiza; él es oriundo de Navojoa, cursa el quinto grado de primaria en el Colegio Progreso, y el mayor sentimiento que le provoca la exposición en lo general, dice, es de paz.

Fuego negro es el título de un óleo sobre tela, y emergió de la creación del maestro Arteché en mil novecientos setenta. Cuarentaidós años después su propuesta discursiva dialoga con Federico, quien concluye que el conte-

nido de esa pieza incluye: “Una montaña en la noche, lo azul es el cielo y (lo que hay en primer plano) es una mata seca”.

Una vez más el arte como una botella al mar, y después de atravesar la vida Federico la descorcha con la mirada, y aprehende el contenido de su interior. Se atreve a indagar e interpretar a más. La libertad dispuesta.

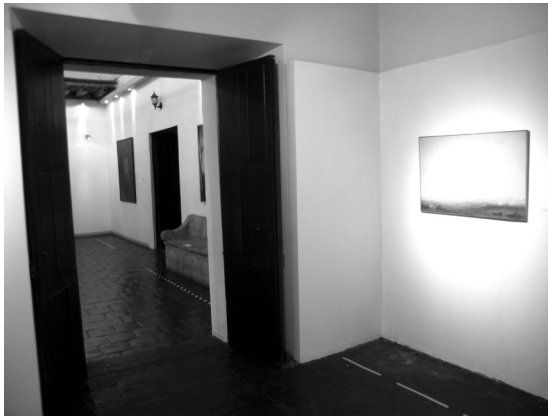
Federico recorre la sala, encuentra en ella un bosque de bambú, le transmite paz, comenta, y agrega que nunca antes visitó un campo similar. Continúa su recorrido, los ojos incansables, sólo se detienen para encontrar “Una tribu dentro de sus chozas, me gusta verlo”. El cuadro se titula *Ellas*, está firmado con fecha de mil novecientos sesentaiocho, las mujeres sumergidas dentro de sí mismas construyen la choza que Federico inventa.

Luego a su paso encuentra un grupo de mujeres, “Sentadas, disfrutando la paz y el viento, alegres, yo las veo alegres”. El cuadro es un óleo sobre tela, *El descanso*, fue creado en mil novecientos sesenta.

Más adelante, con el murmullo de los infantes de la Escuela primaria Bartolomé Salido inmersos en el Rayo Mc Queen, con la historia de automóviles parlanchines y heroicos, dentro del Ciclo de cine para niños, Federico encuentra la obra que más le gusta, “Porque está llena de vida y me da paz, me gusta verla”.

Federico acata la convocatoria de quien lo acompaña, entonces se dispone a leer el título del cuadro que le genera emociones. Con los ojos a punto de estallar, lee en voz alta: “*Tarde triste*”. En su rostro se inscribe como leyenda la palabra incredulidad.

Colaboración especial: Carlos Sánchez



Historias de fantasmas EL CHINO SIN CABEZA / Parte 1

No contaba con que resultaría cierto el rumor que afirma que existe un demonio cuidador de las minas, los pozos y quizá de todo pasaje subterráneo. Los viejos dicen que su trabajo es sepultar en el infierno a los profanadores de estos sitios.

En una de sus visitas, el chino sintió la presencia del mencionado maligno y al ver la figura infernal muy de cerca lo olvidó todo e intentó escapar pidiendo auxilio a gritos; no pudo lograr sus pretensiones ya que una reata echada quizás por la mano del mismo diablo cayó dentro del pozo; la cuerda se enredó no alrededor de la cintura del chino, sino en su cuello.

Durante el forcejeo la atadura se fue apretando hasta ahorcarlo y después desprenderle la cabeza, lo cu-

rioso es de que el cuerpo en vez de desplomarse emprendió la huida decapitado y lo que es más curioso buscando auxilio médico.

En la suntuosa escalera y en las grandes habitaciones hoy derrumbadas o pestilentes, el chino aún aparece penando y suplicando que se le brinde la ayuda que le fue negada por la ciencia.

Sus lamentos y rondines nocturnos espantan a los que se interesan en tomarlo como vivienda permanente o lugar de descanso. Dicen las malas lenguas que el sufrimiento del “chino sin cabeza” se ha convertido en una maldición que tiene condenado a la soledad al Hotel Álamos y a ser derrumbado por el tiempo y el olvido.

